

problema de álgebra superior, no lo conseguiría. Convénzase Ferrero de que la antropología criminal, cuya importancia no intento negar, es sin embargo, un comodín para la prensa y un cedazo claro por donde cuela todo.

Y, evocando recuerdos, no es posible evitar la creencia de que Lombroso ha sido más... vivo en sus conclusiones y afirmaciones, que ningún reportero ó ningún bordador de asuntos judiciales. Los gruesos errores de hecho, materiales, que hormiguean en los escritos de Lombroso; la intrepidez con que sobre estos errores afianza una teoría ó un principio, hacen que yo, en mi conciencia, no pueda compadecer al autor de *El crimen y las revoluciones*, por la precipitada aplicación que de sus enseñanzas cometen los discípulos espontáneos que le salen.

¿Con qué derecho pretende Ferrero que un cronista, en una redacción, á las altas horas, apurado por el regente de la imprenta que reclama original, escriba más concienzudamente que el sabio, en el tranquilo gabinete de estudio ó en la Biblioteca silenciosa?

Ciertamente, todos los inventores de ideas que cunden y se esparcen por el universo, pueden deplorar que su pensamiento haya sido mal interpretado infinitas veces, y hacen suya la famosa exclamación de madama Roland cuando subía las gradas del patíbulo: «¡Libertad, libertad, cuántos crímenes se cometen en tu nombre!» Siendo así, con todo, no tienen tanto motivo para dolerse los que, como Lombroso, han dado el ejemplo de la generalización inconsiderada, y han desvirtuado las ideas realmente originales que concibieron, aplicándolas sin tino y no contrastándolas con aquella prudente desconfianza y aquel noble recelo que el verdadero hombre de ciencia siente toda su vida, ya que busca la verdad y teme falsificarla.

Involuntariamente, Lombroso es cómplice en las enormidades jurídicas que estamos presenciando, tiene gran parte de culpa en la apoteosis de Steinheil, la mundial supuesta parricida del callejón Ron-sín; en la idolatría que inspira la Tarnowska; en las escabrosidades horribles del proceso Murri. Y cito estos procesos, por no citar otros más oscuros y olvidados, pero que á su hora no dejaron de provocar efusiones de admiración morbosa y de simpatía aberrante. Yo creo que, á no ser por Lombroso, no se hubiese atrevido un periódico, que conservo, á calificar de *simpatético* á cierto criminal que atrajo á una emboscada á un amigo, le asesinó á martillazos, echó el cuerpo en un sótano donde le devoraron las ratas, y se fugó á América con el dinero robado á su víctima. Y quizás, á no ser Lombroso, no se hubiesen resuelto tantos baúsanos á escribir á la Steinheil billetes incendiarios, ofreciéndole automóviles y joyas, que, por otra parte, no se sabe que le hayan entregado cuando salió de San Lázaro para refugiarse en Inglaterra.

Es el peligro de las generalizaciones. Tanto bien como hace la divulgación de una noticia científica exacta, positiva, comprobada, hace daño una teoría sin base firme, en que trozos de verdades se mezclan con hipótesis y atrevimientos, formando un conjunto esencialmente accesible á la multitud, y por consecuencia, quiera ó no quiera Ferrero, esencialmente *periodístico*.

No sería fácil, ni preparándola adrede, que ningún sabio (nótese que no le regateo este título á Lombroso) realizase obra más á propósito que la de Lombroso, en sus líneas generales y salientes, para ser aprovechada, explotada, embrollada, barajada y puesta en menestras y en escabeche por los diarios... En esta obra de Lombroso, entre la cual hay partículas de oro, aciertos y observaciones curiosas, predominan los materiales frágiles; pero yeso, escayola, paja, cartón piedra, *stuff*, todo lo ha revestido Lombroso de una capa de similor, sin ver el peligro de que la parte seria de su trabajo sea, ante la posteridad, completamente arrastrada y sumergida por el peso de lo ligero —y no hay cosa que pese más que las ligerezas!

No se maraville pues el profesor Ferrero si todo el mundo, cronistas, ociosos, histéricas y *snoobs* pseudo científicos, se lanza á querer conocer «los abismos del alma humana» y si, mediante esta ingerencia, «la justicia se perjudica, la ciencia se desacredita y el progreso de las instituciones se retarda.» Tales efectos puede asegurarse que no son culpa solamente de los profanos; alguna le cabe á Lombroso, que ense-

ñó á esos profanos el arte de hacer psicología criminal sin pararse en barras.

¿Cómo extrañar que el público se empeñe en explicar todas las acciones de los criminales, aun las más repugnantes y bajas, en un sentido favorable y hasta poético y romántico, si Lombroso (con bien escaso fundamento) propagó el concepto de que el crimen, la locura, el genio y la santidad, son una misma cosa? En vano se alegrará que Lombroso es un partidario de la severa represión y hasta de la pena de muerte. El público, lógico en su yerro, sólo ve que de la Tarnowska á Santa Isabel de Hungría, de Soleilland á Julio César, no va el canto de un duro, y se interesa por la condesa que probaba el filo de sus cortaplumas en los labios de sus amantes igual ó más que por la landgravesa ¡que con sus manos celestes curaba á los leprosos!

Conste que no digo yo que la psiquiatría sea una ciencia análoga á la de Chianio, el zapatero que pretende saber predecir el tiempo; no, puede estar seguro Ferrero de que le reconozco su rango á la psiquiatría. Lo que hay es que la psiquiatría, como toda ciencia, exige mucha cautela y andarse con pies de plomo. Lombroso ha dado mil volidos. Tenía que sucederle alguna vez, lo que dicen que le sucedió: que le enviaron los retratos de varias excelentes personas que en su vida habían hecho nada de ilegal, diciéndole que eran de criminales empedernidos, y descubrió con horror en aquellas caras y cabezas todos los estigmas de todo lo estigmatizable, y cuantas anomalías caben en lo anómalo, no sin gran regocijo de sus maleantes corresponsales.

Y si de lo hilado en esta crónica se sacase en limpio que los periódicos deben ser parcos en la descripción de los crímenes, y que no debe encomendarse esta sección sino á persona muy inteligente y que sepa escribir, —miel sobre hojuelas.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

No ha mucho he encontrado en un gran diario de América, un artículo firmado por Guillermo Ferrero, renombrado antropólogo y yerno de César Lombroso. El eminente profesor italiano se queja con amargura de que la prensa y la multitud han tomado por las hojas, digámoslo así, el rábano de las teorías de su suegro, y se han metido á hacer psicología barata y ciencia fácil, con ocasión de los resonantes procesos de Murri y de la condesa Tarnowska.

Lamentase Ferrero de que la gente se eche á discutir y fantasear, de que la psicología de los delincuentes la haga el primer reportero á quien se le antoje meterse en honduras; de que así se desacrediten las teorías de Lombroso y la antropología criminal sea puesta en solfa.

¡Oh!, diremos al leer estas quejas de Ferrero. También nosotros estamos saturados de esas crónicas que él califica de larguísimas, enredosas, confusas, enmarañadas, que imponen penosa fatiga. Y ¿sabe el profesor italiano á qué es debido todo ello? Pues ni más ni menos que á ignorancia de la forma literaria. El que escribe bien lo hace comprender todo, y concreta y reduce á expresión clara y sucinta cuantas ideas sugiere un crimen, así sea el más psicológico del mundo.

Sin género de duda, no es ciencia lo que se busca en los diarios; los diarios pertenecen á la extrema vulgarización; evitan lo rigurosamente científico, que cansaría á sus lectores. La misión de los diarios es transmitir á la muchedumbre nociones y emociones; ciencia, no. Si la antropología criminal fuere rigurosamente científica, no se hubiesen apoderado de ella las publicaciones diarias. No querrá reconocerlo Ferrero; y sin embargo, es verdad. ¿A que no se lanzan los cronistas á aprovechar los datos de las matemáticas, de la química, de la filología, de la física, de la metafísica, de las ciencias bien marcadas y bien fundadas, para devanar la madeja de sus crónicas?

Naturalmente, lo repito, cuando un periodista es además un escritor, sobre los temas de Lombroso borda una crónica que no solamente parece profunda, sino que se lee con agrado y arroja cierta luz, al menos en apariencia, sobre los misterios del alma humana. Si este mismo periodista escritor quiere realzar igual *tour de force* explicando, verbigracia, un